

El complejo temporal de la ciudad contemporánea



David Francisco Llamosa Escobar

Arquitecto con Maestría en Teoría e Historia del Arte y la Arquitectura (UNC). Estudios de Física en la Universidad 'Máximo Gorki' [Ucrania]. Profesor de la Universidad La Gran Colombia, y Universidad Católica de Colombia. Bogotá [Cudinamarca] Colombia. <arquitopia@hotmail.com>.

Resumen

El texto comprende una visión holística de la ciudad contemporánea a partir de la complejidad derivada de su relación con el tiempo. La ciudad en virtud de las acciones y acontecimientos ciudadanos se manifiesta como un ente en que lo espacial se inhibe en favor del tiempo fenoménico. Las trazas operadas por los procesos naturales, así como las grafías y las rúbricas provenientes de la práctica cultural, se manifiestan como formas fractales, que a su vez proceden de los "atractores caóticos" del universo complejo. La complejidad, resultado de la incertidumbre y la irreversibilidad de los fenómenos físicos, la acción de la luz y las atmosferas implicadas, hacen que lo urbano adquiera una fisonomía en la que los flujos signan su particular naturaleza. La ciudad debe ser el resultado formal y tectónico de los flujos caóticos naturales en consonancia con los humanos. La complejidad de lo temporal en lo urbano se extiende a su vez a los comportamientos y a la psicología de la percepción del habitante.

Palabras clave

Caos; fractal; flujo; complejidad; urbano; temporalidad.

Temporary complex of contemporary city

Abstract

The text includes a holistic view of the contemporary city from the complexity arising from your relationship with time. The city under the actions and public events manifests as an entity in space that is inhibited in favor of phenomenal time. Traces operated by natural processes, as well as graphs and rubrics from the cultural, manifested as fractal shapes, which in turn come from "chaotic attractors" of complex universe. The complexity resulting from the uncertainty and irreversibility of physical phenomena, the action of light and atmospheres involved, make urban acquire a physiognomy in which flows denote its particular nature. The city must be the formal and tectonic result of natural chaotic flows in line with humans. The complexity of the temporal and urban stretches accordingly behavior and psychology of perception of the inhabitant.

Keywords

Chaos; fractal; flux; complexity; urban; timeliness.

The city of the 21st century, la "citta cablata", the city of peace and science, must be the expression of the urban history and culture consolidated it by the flow of time (CARTA DI MEGARIDE 94).

Look deep into nature, and then you will understand everything better (EINSTEIN, 1933).

Reality... is a perpetual becoming. It makes or remakes itself, but it is never something made (BERGSON, 1985).

1. Introducción

La ciudad hoy, escenario de la pobreza y la riqueza, de lo banal y lo trascendente, de la medida y la desproporción, de la fealdad y la belleza, de lo humano y lo inhumano, de lo natural y lo artificial, de lo industrial y lo artesanal, de lo móvil, y lo estático, de lo culto y lo vulgar, de lo creativo y lo destructivo, de lo tradicional, de lo moderno, y de lo contemporáneo, de lo homogéneo y lo heterogéneo, de lo pulcro y lo asqueroso, de lo criminal y lo bondadoso, de lo musical y lo ruidoso, de lo aromático y lo fétido, de lo tecnológico y lo primitivo, de lo visual y lo auditivo, de lo tangible y lo intangible, de lo abstracto y lo concreto... es por excelencia la ciudad de la complejidad.

La ciudad nació compleja, sus inicios se entienden más como el resultado de un estado de asociación colectiva compleja, que como la realidad de un complejo edificativo. Asentamientos urbanos, algunos tan antiguos como, Jericó (11.000 años) o Catal Huyuk (10.000 años), revelan de forma incuestionable como el ser de la ciudad se origina a partir de las formas primarias del tejido social. A diferencia de los animales, quienes se han adecuado al entorno natural, el hombre ha necesitado de su transformación para crear su propio hábitat, pero particularmente para constituir su ser social y cultural. Caracterizado por su continuidad multi-generacional, el complejo social humano y el entorno construido se han sumado a lo natural para constituir el hábitat complejo:

Radicalmente inepta para la vida, la especie humana sobrevive al crear la sociedad y la institución. [...] Las formas de sociedad, así como las formas de ciudad, son creaciones a partir de las cuales nuevos posibles antes inexistentes, puesto que estaban privados de sentido, aparecen. [...] la especificidad de lo humano radica en la creación, o modo mediante el cual el hombre crea y se autocrea (GIRALDO I., 2003, pp.19 y 21).

La ciudad, manifestación por excelencia de los lugares del colectivo, se distingue por una naturaleza magmática, en el decir de Fabio Giraldo, en la que el tiempo aglutina lo biológico, lo humano-social y lo cultural, de forma tal, que no pueden ser segregados en entes separados o disjuntos. La experiencia integral que presupone esta realidad y en razón de los tiempos que la permean, necesita ser conceptualizada como un fenómeno holístico. Habría que observar, que de forma diferenciada, el objetualismo y la mensurabilidad propias del espacialismo, que caracterizaron el capítulo moderno de su historia, construyeron una epistemología que desdibujó la naturaleza compleja y la historicidad intrínseca de la ciudad.

El universo de la física, empresa objetiva por excelencia, se diferencia del universo físico propiamente dicho, en el sentido que constituye en su historicidad, un desarrollo susceptible de cambios paradigmáticos, tan cargado de subjetividad, como cualquier otra empresa humana. Illya Prigogine, premio Nóbel de química 1977, ha dicho: "La ciencia está hecha por el hombre, que a su vez es parte de la naturaleza que describe" (PRIGOGINE, 1998, p.26). Y Einstein: [...]

[...] La ciencia considerada como conjunto acabado de conocimientos, es la creación humana más impersonal; pero considerada como proyecto que se realiza progresivamente, es tan subjetiva y está tan psicológicamente condicionada como cualquier otra empresa humana (EINSTEIN, 1933).

La ciudad, de forma análoga a la concepción física del universo, no es asimilable a los universales, en razón de que como ésta, es construida por la historia; la ciudad no puede ser considerada en el sentido convencional, un objeto de conocimiento desligado del individuo actuante. Es por tanto un

objeto espiritualizado, un lugar ligado a la existencia, pero esencialmente, un acontecimiento reconocido en su tiempo cronológico y en su tiempo atmosférico: “El doble significado, atmosférico y cronológico, del tiempo, es el principio que preside toda construcción” (ROSSI, 1988: p.9). La conjunción de estos dos tiempos, como afirmara Aldo Rossi, a la vez que revelan la arquitectura de forma breve, le dan una condición duradera.

La ciudad se demuestra como una realidad en perpetua construcción y transformación. No es la ciudad, al igual que el fenómeno humano, un ente acabado, sobre el cual pueden establecerse fines predeterminados y certidumbres de conocimiento. La ciudad es un ser que logra su variabilidad y perfectibilidad en el tiempo, y resulta complejo en la medida de su ser temporal, en la medida de los tiempos diversos que aglutina:

Lorenzetti, —[dice Argan refiriéndose al gran pintor Sienes del trecento]— no representó la ciudad construida sino en construcción, contraponiendo así no sólo las diferentes espacialidades, sino la diferente temporalidad de la vida y el trabajo urbanos y la vida y el trabajo no urbanos (ARGAN, 1984: p.75).

Consecuencia de ello, los pensamientos sobre la ciudad, deberán asumirse desde el presupuesto de su complejo sujeto-objeto dialógico, y las posibles intervenciones u operaciones en ella, desde la perspectiva de un entorno en continuo cambio y cualificación. Pensar la ciudad implica una asunción de su ser característico complejo, pero construirla y actuar en ella, un quehacer en concordancia con ello. Una aproximación a su pensamiento desde el determinismo, escindida en sus aspectos constitutivos, y expresada como un conjunto de disciplinas autónomas, conduce a un punto de vista fragmentario e incongruente con su realidad. El pensar y el hacer ciudad, debe abordarse desde su naturaleza compleja y no desde la aproximación multidisciplinar que integra su fenómeno, vale decir, en la arquitectura, la biología, la sociología, la economía o la demografía. Ya se había cuestionado Argan:

¿Podemos decir que las disciplinas complementarias, desde la sociología hasta la economía, que son indispensables para el estudio de la historia de la ciudad, son enseñadas con referencia a la ciudad? (ARGAN, 1984: p.82)

El viejo libreto de las interpretaciones exteriores a su realidad, debe ser superado en virtud de su naturaleza magmática y desde su condición temporal compleja. “El epistemólogo —[ha dicho Michel Serres]— se resiste a un sistema flácido, o peor aún, viscoso” (SERRES, 1994, p.89).

Lo urbano en su fenómeno, en su práctica, más que adjetivar, sustantiva. Es proceso y es sustancia a la vez, es *hardware* y *software*, es física y metafísica, es en últimas, *materialia* e *inmaterialia*, como anotara el filósofo medieval Duns Scoto¹, para definir el arte, como la relación particular entre el complejo natural y el complejo humano. La ciudad no se agota en su materialidad. De modo similar a como la sociedad humana mantiene sus vínculos en las redes de comunicación, en los flujos y en la movilidad, la ciudad además del entorno construido, mantiene su cohesión en el arte, y en intangibles tales como su dimensión imaginaria y simbólica. La realidad de la ciudad no reside tan sólo en su materia, vive en sus pinturas, en sus fotografías, en su iconografía, en los recuerdos, y en los acontecimientos que procura, siempre cambiantes. El ser de la ciudad, reside en su significante, pero también en su significado y su sentido, reside en su interpretación, es decir, en lo que es y no es por antonomasia. La ciudad ha dicho Aldo Rossi, es todo y nada de lo que tiene que ver con ella.

Pero además de los componentes, biológico, humano, arquitectónico y cultural, el carácter magmático de la ciudad deriva de la convergencia en ella de los diversos ritmos temporales.

Durante toda su historia, la ciudad ha estado compuesta por la interrelación de temporalidades distintas; lo recordaba Quintavalle, evocando la pluralidad y diversidad de las duraciones existenciales, las diversas temporalidades que indicaba Le Goff en la Edad Media. Cada una de las “artes singulares” tiene sus tiempos ideativos y técnicos que pueden ser estudiados tanto en sentido sincrónico como en sentido diacrónico (ARGAN, 1984, p.82).

¹ Véase en “Arquitectura Occidental”. Cristian Norberg Schulz. Barcelona: GG, 2000. p. 93.

La base del complejo temporal que su realidad representa, reside en los ritmos de lo mental que se corporeizan en lo individual, hacen eco en el cuerpo general de lo social y se extienden al medio ambiente. La alternancia de estos ritmos en bucle, caracterizan su naturaleza caótica. No se podría concienciar la ciudad de otra forma, por ende, tampoco se podría actuar u operar en su complejo, ignorando la condición de su entramado temporal. Desde que la ciudad ha sido asumida en su condición temporal, ha podido trascender su condición de manufactura o de máquina, ha podido demostrarse como una realidad viva y como un proyecto histórico, es decir, como un complejo de naturaleza artística.

La geometrización por parte del pensamiento moderno, de la realidad natural, cultural y social de la ciudad, conllevó a la vibración en fase destructiva de su naturaleza compleja. Disyunción y disgregación, obstrucción de los flujos naturales y sociales, fueron actuaciones en lo urbano de la ortodoxia modernista, orientada en el lenguaje del *zoning* y del *planing*. El proyecto de ciudad moderna y la planificación generalizada, le apostó a un futuro que nunca llegó, pero también a un olvido intencionado de lo histórico, que muy a pesar suyo, permanece aún relacionado, con la gran vitalidad de la ciudad. Ha necesitado hoy el nuevo proyecto de ciudad, una especial vinculación con la geografía y con la historia, una labor en términos de rehabilitación, revitalización y restauración, pero también un especial vínculo con el ser psicológico del hombre.

Se puede verificar históricamente, y esto tanto para la ciudad como para las manifestaciones artísticas, que su vigencia en el tiempo, está asociada a una relación afortunada entre la innovación y la tradición, entre los tipos y las formas, entre las acciones del tiempo breve y los cambios de larga duración, en últimas, entre la arquitectura y la ciudad. Afirmaba Aldo Rossi:

Hablando de arquitectura no quiero referirme sólo a la imagen visible de la ciudad y el conjunto de su arquitectura, sino más bien a la arquitectura como construcción. Me refiero a la construcción de la ciudad en el tiempo (ROSSI, 1982, p.60).

La ciudad moderna, congruente con una concepción del mundo, (*Weltanschauung*), con el paradigma tecnocrático, y desligada de una concepción de la vida (*Lebenswelt*), olvida su condición de artefacto, (arte-factum, en el sentido de hecho con arte). En tanto arte, en tanto obra de arte del colectivo, la ciudad debe ser considerada como un atributo del tiempo. Bruno Contardi argumenta la unidad intrínseca entre la historicidad y la artísticidad de la ciudad:

¿Se reconocería la ciudad sin esos extraordinarios signos urbanos que son las catedrales y, más tarde, sin el monumento que es la más cumplida representación de la ciudad y de su historicidad? (ARGAN, 1984, p.5).

De otro lado, la forma de la ciudad, así como su significado y su sentido, sólo pueden explicarse en el tiempo. "La búsqueda de la forma sería sólo la búsqueda técnica del tiempo", ha afirmado Paul Virilio (1998). Habría que diferenciar el tiempo histórico, del fenómeno de la pura temporalidad, que al parecer es el que nos asiste en los ambientes urbanos contemporáneos. Se podría pensar que, con relación a la experiencia cotidiana, el pasado resulta siendo un presente de ritmo lento, el presente, un tiempo de ritmo rápido y el futuro un presente de ritmo tan alto, al que sólo es posible acceder a través de lo vertiginoso. De ésta forma la ciudad se manifiesta como un complejo temporal presentificado, que asume de forma orquestada, el tiempo geológico, el tiempo biológico, el tiempo de lo humano, el tiempo de lo edificado y el tiempo de la cultura. Podría fundamentarse la existencia de la ciudad en el cambio, en su temporalidad inherente, pero también en la atemporalidad de las relaciones que la configuran.

2. El tiempo de la complejidad

El tiempo irreversible no puede «nacer» en el seno de una realidad reversible (PRIGOGINE, 1998a).

Afirmaban Illya Prigogine y Isabelle Stengers, con relación al estudio de la termodinámica, los procesos irreversibles y las estructuras disipativas que, [...]

[...] *cada ser complejo está constituido de una pluralidad de tiempos, conectados los unos con los otros según articulaciones sutiles y múltiples. La historia, sea la de un ser vivo, o la de una sociedad, no podrá jamás ser reducida a la sencillez monótona de un tiempo único, que ese tiempo introduzca una invariancia, o que trace los caminos de un progreso o de una degradación. La oposición entre Carnot y Darwin ha sido reemplazada por una complementariedad que nos queda por comprender en cada una de sus producciones* (PRIGOGINE & STENGERS, 1983, p.263).

El tiempo en consecuencia, es diverso, y con respecto a su carácter accesorio (EINSTEIN, 1933), o al papel limitado de la ciencia para su conocimiento y comprensión (BERGSON, 1985), su origen y naturaleza, definitivamente están dados por la física.

Estoy convencido de que el tiempo si es un objeto de ciencia. Ha de tener su lugar en la estructura de la ciencia moderna, y este lugar, a mi parecer, es fundamental, es el primero (PRIGOGINE, 1998b).

Pero no por ello se descartaría su carácter creativo, en los procesos y niveles de complejidad ascendentes, que van desde lo físico a lo biológico, hasta alcanzar lo cultural y lo social.

No podemos prever el porvenir de la vida, o de nuestra sociedad, o del universo. La lección del segundo principio es que este porvenir permanece abierto, ligado como está a procesos siempre nuevos de transformación y de aumento de la complejidad. Los desarrollos recientes de la termodinámica nos proponen por tanto un universo en el que el tiempo no es ni ilusión ni disipación, sino creación (PRIGOGINE, 1998a).

Es importante destacar cómo en el trabajo sobre las estructuras disipativas de Prigogine, en la inversión del paradigma clásico que identificaba la entropía, como el proceso termodinámico de crecimiento hacia el desorden², se afirma el papel constructivo de los fenómenos irreversibles y los fenómenos de auto-organización, que tienen lugar lejos del equilibrio. Esto significa la validación de los procesos complejos que dejan de lado las estructuras jerárquicas ancladas en el determinismo propio de los procesos reversibles. De acuerdo al proceder del determinismo y al clasicismo de la ciencia física, se subsume a ella en jerarquía, y en términos homogéneos, la experiencia íntima e individual.

La investigación notable de Stephane Lupasco (1963) por ejemplo, en un inédito cartesianismo contemporáneo, proyecta el principio de exclusión de Pauli (1923)³ en la definición de lo químico y lo biológico: [...]

[...] *Puede decirse, en general, que siempre se hallará lo vital allí donde los acontecimientos energéticos dependen del principio de exclusión, como en los electrones, cuya importancia biológica es cada vez más notoria* (LUPASCO, 1963, p.27), [...]

[...] y las relaciones de incertidumbre de Heisenberg (1927)⁴, en el funcionamiento del cerebro, el psiquismo y la esfera del sujeto. Todo ello en últimas es explicado, como “el rescate de las condiciones homogéneas que residen en lo heterogéneo”. Así, el universo físico se distingue como una contradicción en la que predomina lo homogéneo sobre lo heterogéneo, apuntando a la muerte térmica del universo en la luz; el universo biológico, una contradicción en la que predomina lo heterogéneo sobre lo homogéneo, como condición esencial de la vida, y el universo psíquico como un equilibrio de estas dos fuerzas fundamentales, expresadas como racionalidad y creatividad.

² El segundo principio de la termodinámica, o principio de Carnot-Clausius, contempla la entropía de un sistema, como el grado de desorden en aumento, constante para ciclos reversibles. Prevé el agotamiento del universo en la muerte térmica, o aniquilamiento de la materia en la luz.

³ El principio de exclusión enunciado por el físico suizo Wolfgang Pauli en 1923, establece la imposibilidad de que los fermiones, partículas de spin igual a $\frac{1}{2}$, ocupen simultáneamente el mismo nivel energético. Ver: HEISENBERG, 1992 [1927].

⁴ El principio de incertidumbre enunciado por el físico alemán Werner Heisenberg en 1927, establece la imposibilidad de conocer de forma simultánea el momento y la posición de una partícula dada. Ver: HEISENBERG, 1992 [1927].

La materia se presenta actualmente bajo tres aspectos, con propiedades específicas que las distinguen y caracterizan. En primer lugar la materia macrofísica, que se somete aproximada y estadísticamente a las leyes de la física clásica y a las exigencias de la lógica usual, y que aún se denomina materia bruta o inanimada. Luego, una segunda materia, también de tipo macroscópico, pero que compone los seres vivientes, es decir; la materia llamada viva. La ciencia de esta materia permanece aún en estado empírico, pues no conoce todavía las leyes a que obedece su comportamiento y desconoce, asimismo, la lógica que le es inherente; finalmente la materia microfísica, cuyas extrañas manifestaciones son el objeto de la física de los cuantos y que no podría clasificarse ni como materia animada ni como la materia inanimada, aunque se asemeje a ambas en muchos de sus aspectos (LUPASCO, 1963, p.45).

Desde un punto de vista alternativo al de Lupasco, Prigogine propone un cuestionamiento en sentido inverso, muy válido entre otras cosas para el devenir científico, de los fundamentos de lo fenomenológico. Partiendo de lo que Henri Bergson entendiera como: “sentimiento que tenemos de nuestra evolución y de la evolución de todas las cosas en la duración pura” (BERGSON, 1985), logra hacer coincidir críticamente, en el Tempo del sujeto Bergsoniano, el tiempo físico fundamental. Esto permite disponer de forma absolutamente revolucionaria, la complejidad de lo biológico, lo social, y lo cultural, en su base temporalista. Es verdaderamente notable en el trabajo de Prigogine, como a partir de la termodinámica y los procesos irreversibles, se logre intuir en el tiempo fenomenológico, el reflejo del tiempo físico. Es posible en consecuencia, desde la complejidad, sostener una relación de lo íntimo con lo universal y de lo subjetivo con lo objetivo, en progresión ascendente o descendente. La clásica disyunción entre la filosofía y la ciencia en torno al problema del tiempo, da paso a un discurso dialógico que admite una mutua contribución, así como una redefinición del tiempo físico, y del fenómeno humano en términos del tiempo.

Afirma Edgar Morin:

Estamos confrontados a una doble temporalidad; no es una flecha del tiempo lo que ha aparecido, son dos flechas del tiempo, y dos flechas que van en sentido contrario. Y sin embargo, es el mismo tiempo; y sin embargo es la misma aventura cósmica: ciertamente, el segundo principio de la termodinámica inscribe un principio de corrupción, de dispersión en el universo físico; pero al mismo tiempo, este universo físico, en un movimiento de dispersión, se ha constituido y continúa constituyéndose (MORIN, 2004, p.3).

Dado este estado de cosas, desde la complejidad podemos asumir un universo que se degrada según la ley de Boltzmann y la muerte térmica del universo, pero también un universo que constantemente crea y facilita los procesos biológicos, y las formas superiores complejas. En un vórtice complejo, en un bucle retroactivo, se resuelve en la reversibilidad el orden y lo estable de las organizaciones complejas, pero también en la irreversibilidad, el desorden y lo inestable de las interacciones complejas. El tiempo presenta de esta forma una doble naturaleza y un doble direccionamiento, constituyendo un complejo de complejos y el sustrato base de la complejidad universal.

3. El conocimiento complejo

Todo sucede, porque con la fuerza del tiempo todo se encuentra, y en la libre extensión de los espacios y en la sucesión continua del movimiento, toda la materia se mezcla, toda forma sucede, toda figura se imprime; así, todo viene y va, todo se une y se separa, todo se combina o se opone, todo se produce o se destruye, por fuerzas semejantes o contrarias, como únicas constantes y, equilibrándose sin perjuicio, animan el universo convirtiéndolo en un teatro de escenas siempre inéditas y de objetos que siempre renacen (LECLERC, 1783)⁵.

Dice Prigogine:

La evolución del universo no ha sido en la dirección de la degradación sino en la del aumento de la complejidad, con estructuras que aparecen progresivamente a cada nivel, de las estrellas y las galaxias a los sistemas biológicos (PRIGOGINE, 1998a, p.97).

⁵ George Louis Leclerc, Conde de Buffon, 1783.

La complejidad así se nos presenta como una cualidad de la naturaleza. No hablaríamos de estados superiores en su evolución, pero si claramente de niveles de complejidad organizativa, no de tres materias o sustancias, como afirmara Lupasco, pero si de una complejidad organizacional creciente. Morin (2004) afirma que “la originalidad de la vida no está en su materia constitutiva, sino en su complejidad organizacional”. Los cerebros humanos, sabemos, no se distinguen unos de otros, por su sustancia o su ser material, sino por sus singulares conexiones neuronales, que definen la singularidad de las mentes. La conciencia, la sociedad, la vida y la materia, se permean en su ser complejo. Su conocimiento implica por lo tanto, el asomo de lo complejo a lo complejo; una función compleja, o una función de la función, en la que lo exterior y lo interior, las *exo-causalidades* y las *endo-causalidades*, en el decir de Morin, están estrechamente ligadas. La asunción de un universo múltiple, en el que navegan y se reconocen los sujetos, permite que en el charco de lo local, sea factible visualizar el océano de lo global y en las singularidades el universo de lo general. Esto desde luego conlleva a una renuncia de las interpretaciones exteriores al objeto de conocimiento, que no admiten la participación activa del sujeto, y a una renuncia del determinismo ingenuo, que a la hora de establecer *certidumbres del conocimiento*, hace de las condiciones ideales las reales. Pero conlleva también a un alejamiento del abstractismo, que hizo del tiempo un tiempo monócrono, y de la racionalidad un racionalismo espacializado (MORIN, 2004).

El espacialismo hecho cultura, impuso la geometría a la geografía, y mecanizó la sociedad en un dictamen productivista. Dice Miguel Ángel Hernández-Navarro: [...]

[...] el régimen temporal hegemónico de occidente ha tendido hacia una supresión de la pluralidad del tiempo. Una pluralidad connatural a lo humano que, desde los inicios de la modernidad tecnológica, comenzó a ser abolida por los ritmos de producción de la mercancía (HERNÁNDEZ-NAVARRO, 2008, p.10)⁶.

Contraria a la naturaleza heterocrónica de los lugares, el tiempo espacializado y homogéneo de las sociedades modernas, se erigió en la doctrina de la ortogonalidad y del borde filoso excluyente. El reloj industrial y del consumo, acható la temporalidad y la historia a la simple retórica de lo veloz. De esta forma, el ámbito de la realidad cognoscente se redujo a la inmediatez de la acción, desdibujando el tiempo largo de los ambientes y el horizonte de sucesos, que relacionan al individuo con los eventos naturales y sociales. Observemos que el reloj cósmico, el geológico, el biológico y el de los movimientos sociales, involucrados en los acontecimientos, no marchan al unísono.

Mientras que el pensamiento simplificante elimina el tiempo, o bien no concibe más que un solo tiempo (el del progreso o el de la corrupción), el pensamiento complejo afronta no solamente el tiempo, sino el problema de la politemporalidad en la que aparecen ligadas repetición, progreso, decadencia (MORIN, 2004, p.4).

La diversidad y la no-linealidad de los ritmos constitutivos de lo natural, lo social y lo edificado, así como la consideración del tiempo como un proceso irreversible, es la concepción que debe asistir a la complejidad de los lugares. La complejidad es asumida donde fluye el orden, la reversibilidad, lo estable y lo organizado, conjugado con los flujos retrógrados que dicta el desorden, lo irreversible, lo inestable y las interacciones. “No se puede explicar el desequilibrio con la teoría del equilibrio”, dice Mario Bunge (1983), no se podría explicar el caos a partir del orden, ni la complejidad a partir del racionalismo ingenuo. No se puede pensar en un conocimiento que margina al universo y a su realidad, o lo subsume a un constructo lógico-epistemológico. Todo discurso como es obvio, puede conducir a contradicciones, que si son del pensamiento, no necesariamente son del tenor de lo natural. La idea de naturaleza debe buscar como principio metalógico o extralógico, la heterogeneidad en lo idéntico: [...]

[...] Todo esto se reencuentra en todas las organizaciones vivientes: irreversibilidad de un flujo energético y posibilidad de organización por regulación y sobre todo por recursión, es decir, autoproducción de sí (MORIN, 2004, p.4).

⁶ AA.VV. “Heterocronías. Tiempo, arte y arqueologías del presente”. CENDEAC. PAC. Murcia. 2008. p.10. Presentación.

Por otro lado, el ser, como el ser de las cosas, no puede ser explicado mediante la tesis sustancialista. “Todo elemento puede ser leído también como evento” (MORIN, 2004, p.4). El ser es auto-creación y auto-constitución en el tiempo. El ser-ahí Heideggeriano, ha establecido su realidad como la de un ente en trance temporal. El espacio de forma diferente, es la pura imagen de la temporalidad del *Dasein*. El ser del hombre asociado al ser de los lugares, no podría entenderse por tanto sino en su constitución en el tiempo. El tiempo es el ser en sucesión y somos en tanto logramos habitar (HEIDEGGER, 1971, p.143-161).

4. La ciudad y el tiempo de la organización compleja

Las ciudades son las ideas sobre las ciudades (BORJA, 2003).

Históricamente la ciudad, así como la arquitectura, además de significar cobijo y protección contra las inclemencias del ambiente natural, estableció una idea de orden, frente al caos significado en las fuerzas naturales. Erigió un supuesto control frente a la amenaza de fuerzas oscuras que no lograba comprender. Este estadio histórico coincidió con la estructuración de la idea de cosmos. Es especialmente significativa en la cultura Egipcia, cómo el origen existencial de los lugares, procede de la matriz simbólica en la que convergen, la línea de la vida representada en el curso del río Nilo, conjugada en su ortogonalidad, con la línea de la luz, del tránsito solar. Las ciudades históricas fueron platónicas y solares, pero la grilla, la traza Hipodámica y la geometría del clasicismo, adoptadas en las metrópolis cósmicas modernas, constituyeron el recurso abstracto mediante el cual se pretendió ejercer el dominio sobre la naturaleza. Esto no fue otra cosa que la creación de un determinismo amurallado, frente al caos representado en los flujos naturales.

La diferencia del pensamiento contemporáneo frente a la retórica modernista, reside fundamentalmente en la asunción de la complejidad, en lo singular, en el caos, en la incertidumbre, en lo irreversible, como aspectos que atañen a la constitución de la realidad. La ciudad hoy en términos prácticos, es el universo. La ciudad, positiva o negativamente, ha suplantado al mundo, a la naturaleza, a las divinidades y al concepto abstracto del hombre. Las relaciones del ser del hombre se confunden a menudo con las del ser de la ciudad. Alguien hablaba en consecuencia, no de una especie humana, sino de una especie urbana. La arquitectura como la ciudad, procedería de una realidad universal, se elaboraría ad libitum, pero es finalmente modelada según nuestro propio mapa espiritual. Nuestras ideas, así como nuestros comportamientos inciden en la configuración de su realidad. La ciudad en consecuencia, es tiempo, es pensamiento y es ser en movimiento... Podríamos afirmar sin dudar, que la ciudad es la expresión del tiempo de la colectividad.

Los procesos de ritmo asintótico que caracterizan a la ciudad contemporánea y a las sociedades de hoy, han hecho que las fundamentales relaciones espacio-temporales, en las que se apoya el universo material biológico y cultural, en un principio manifiestas como un primado espacial sobre el temporal —Tiempo espacializado—, se hayan revertido en una experiencia de lo temporal —Espacio temporalizado— (LÉON, 1999). Si hablamos con propiedad de los ambientes urbanos contemporáneos, no podríamos referirnos a las topologías tradicionales del espacio, sino a las topologías dinámicas, a los tiempos habitados, a las cronotopías, o *heterocronías*, constituidas en un conjunto diverso de capas, o “*time layers*”, en las que los individuos actúan. La ciudad *heterócrona*, la ciudad de los tiempos diferenciados, hace que el espacio se experimente como anisótropo, es decir, como un conjunto de topos diferenciados.

Decir contemporáneo, es decir glocal. Es entender que hay universo en la parroquia y que hay parroquia en el universo. Hablaríamos también de un tiempo global en conjunción con uno local, de uno vertiginoso y de otro lento. El fluir del tiempo universal de la ciudad, tradicionalmente ha contrastado con el fluir de lo rural. Pero lo que es perceptible en la contemporaneidad, es que la ruralidad y sus tiempos, debido a la migración y a las anexiones, se ha incrustado en la urbe. Mediante la creación de nuevos barrios y sectores, la ciudad ha experimentado la heterogeneidad, en la sincronía de sus tiempos constitutivos. De otro lado, la ciudad con su influencia, ha impuesto sus ritmos en la ruralidad. Lo urbano se entiende no tanto en términos de su área física, como de la influencia de sus ritmos. Estos progresivamente han disuelto el límite entre ciudad y territorio, cualificando el fenómeno de la *Metápolis* global.

Al igual que las sociedades que se perpetúan en el tiempo, las ciudades se escriben y se reescriben de forma continua. Son un palimpsesto, es decir, una escritura compleja realizada de modo intemporal por el colectivo. A la vez que en la ciudad desaparece un contexto, se genera en ella un nuevo texto, y con él una nueva interpretación. Dice Bruno Contardi: [...]

[...] *Los objetos, las obras de arte —en una sociedad cuya estructura cultural ya no fuera la historia, como podría ocurrir a la sociedad actual— son fragmentos de un pasado que ya no es reconducible al presente, islas apenas, residuos de un continente sumergido. Al desaparecer los vínculos que los enlazaban con el contexto se reducen a textos [...]* (CONTARDI, 1984, p.11).

Decae entonces el objeto, se muta, pero a la vez, al crearse un nuevo contexto se intensifica el lenguaje. La ciudad obra de arte por excelencia del colectivo —recordemos la afirmación de Lewis Mumford (1979): “La ciudad favorece el arte, es el arte mismo”— se construye en la retroactividad de sus tiempos constitutivos. El complejo temporal de la ciudad se entiende en el diálogo artístico que presupone la re-significación de sus elementos culturales. En razón de los cambios, nuevos eventos coexisten con otros anclados en valores estéticos y formales. Algunos monumentos ya vacíos de su inicial utilidad, adquieren un nuevo sentido contribuyendo a la formación de la nueva ciudad. El arte facilita las condiciones para la expresión de los sentimientos colectivos, sosteniendo la memoria de lo público. Los espacios públicos patrimoniales, por ejemplo, mantienen cohesionadas a las comunidades humanas en el tiempo, permitiendo que estas configuren su identidad. El arte de lo urbano se manifiesta entonces como un complejo comunicativo que liga el presente con las sociedades del pasado, y que a la vez proyecta su futuro. El tiempo de la ciudad no es el diacrónico secuencial, sino es el bucle que logra un avance denodado, en el resumir de su acción irreversible. La vida se propaga al recontar su propia historia, el tiempo de lo urbano así, extiende su dominio en la medida que experimenta una cualificación continua.

De otro lado, el patrimonio urbano hoy, ha resultado en su flexibilidad funcional, ambiental y cultural, un claro ejemplo de sostenibilidad y de diálogo en el tiempo. Su conservación y preservación en muchos casos de los centros históricos latinoamericanos, no sólo ha apuntado a su *museificación* dolorosa, para referirnos en los términos de Argan, ni sólo a la memoria histórica y a la identidad, sino que ha dado una adecuada respuesta desde el hábitat tradicional, a las exigencias de la ciudad contemporánea. La ciudad y su legado patrimonial, dinamiza los procesos históricos, proveyendo al presente de nuevos contenidos. La casa de habitación, el edificio monumental, la calle y la plaza tradicional, han admitido nuevos usos, integrándose a la idea contemporánea de las arquitecturas de función abierta. Los materiales tradicionales empleados por alarifes y constructores, han demostrado un gran valor ecológico y a la vez un referente estético. Las respuestas al ambiente, al clima, a los valores escénicos y del paisaje, han resultado un ejemplo paradigmático a seguir en los actuales planteamientos de la arquitectura y del urbanismo sostenible. Por otro lado, la arquitectura tradicional de muchas ciudades latinoamericanas, sin una variación sustancial de sus elementos, ha respondido de una forma flexible a los diferentes ámbitos geográficos y culturales. Han podido con su empatía formal, y sin un renunciamiento obligado a su esencialidad histórica, mantener el diálogo con la cultura arquitectónica reciente.

Es con frecuencia en la ciudad confundida la movilidad con los flujos, pero lo cierto es que la movilidad no es otra cosa que un flujo disciplinado al antojo del planificador. Los flujos y la *fractalidad* de sus trazas, corresponden a las dinámicas naturales y sociales, que proceden a su vez de los fenómenos caóticos y no lineales (LLAMOSA, 2013). Los fluidos se desnaturalizan al canalizarse y convertirse en movilidades. La verdad es que el tiempo mecánico que ha imperado en la ciudad hasta ahora, ha eclipsado los tiempos del hombre y los de la naturaleza. Ha desconocido los ritmos caóticos y periódicos, que ilustran los modelos del *atractor de Lorenz* (1963)⁷. La naturaleza, así como el alma humana, en muchos aspectos de su creatividad, resulta absolutamente aleatoria e impredecible. Los tiempos del hombre, ligados a su comportamiento, son muy parecidos a los de la ocurrencia del temporal. Una cultura de la fluidez, en la que estén involucrados de forma vertebral, los flujos naturales y sociales, constituirá una estrategia alternativa para la rehabilitación del entorno urbano con criterios de sostenibilidad.

⁷ Al respecto ver los *atractores extraños*, en la dinámica fractal y la teoría del caos de Edward Lorenz. Deterministic nonperiodic flow. Journal of Atmospheric Sciences. Vol.20 : 130-141. 1963.

Se habla hoy en el urbanismo, de la creación de espacios idóneos para la productividad, pero, ¿no se estarían realizando éstos más bien a favor del productivismo? La arquitectura de la ciudad, de forma particular, es un *nomon* que rige los tiempos de las sociedades humanas. Es un medio artificial donde se puede contrastar el tiempo cronológico con el tiempo del hombre, y la historia con la identidad. Pero esto hoy se ha perdido, en favor del reloj productivista. Las sociedades contemporáneas, en lugar de producir para la vida, han optado por la producción para el mercado. Se ha eclipsado la marea renovada de la historia, los biorritmos de la naturaleza y el tiempo de las atmósferas. Se debería entender que el metro cuadrado requerido por el habitante, es el de la felicidad, y no el que propicia el consumo. Se debería asumir que el hábitat bien concebido, debe alojar a los sueños, procurar el crecimiento individual y favorecer el tejido social...

5. El tiempo de la luz

Ahí donde encontramos a la vez la oscuridad y la luz, encontramos también lo inexplicable (BECKETT, 1977).

Si tenemos en cuenta el fenómeno de la luz a nivel universal, su realidad vincula los máximos y mínimos cósmicos, vale decir, la infinitud con la finitud, y el instante con la eternidad. Trenzada en el espacio-tiempo, la luz da cuenta del pasado, del presente y del futuro en un "continuum" o tiempo único. La cosmología de Stephen Hawking (1992), al afirmar que el universo empezó a ser con el tiempo, hace eco del pensamiento Agustiniano: "*Non in tempore, sed cum tempore Deus creavit caela et terram*" (SAN AGUSTÍN DE HIPONA *apud* BORGES, 1980), pero corrobora también, que la historia del tiempo es la historia de la luz. A nivel de la conciencia y de la percepción humana, la luz podría aparecer de modo instantáneo, y como una realidad inasible y etérea. Pero lo cierto es que su fenómeno está significativamente vinculado al pensamiento, a la vida y a la experiencia personal. Habría que observar que las grandes distancias en astronomía, sólo pueden medirse en años luz; los procesos biológicos se manifiestan estrechamente vinculados a la acción dinámica de la luz, (fotosíntesis, fototropismo, etc.); las especies vivas se asemejan a seres opacos que buscan la luz para su supervivencia y desarrollo. Se dice con frecuencia, "*vio la luz*", para referirse al nacimiento de alguien o de algo. La luz simbólicamente se asocia con la vida espiritual y el intelecto. Habitamos la luz, porque somos un debate entre la vida y la muerte, entre lo fugaz y lo perenne.

Si pensamos en la ligazón íntima mediante el tiempo, entre el cosmos físico y el microcosmos individual ilustrada en la propuesta de Prigogine, entenderemos que lo que la percepción provee, no está muy alejado de lo que el discurso racional o científico establece. Al sugerir imágenes que ayudan a prefigurar los conceptos, la percepción no es tan engañosa como parece. Al fin y al cabo la percepción de la realidad, en términos complejos, hace parte de la realidad: "Cómo se vería el mundo viajando en el frente de un rayo de luz", sugería de niño Einstein. El átomo de Böhr se inspira en el modelo macroscópico del sistema solar; el núcleo atómico se asemeja en su escisión al que experimenta una gota de agua. En general, el transcurso del tiempo en términos perceptibles está asociado a las atmósferas, y estas a la luz. Es en síntesis, el reloj cósmico un reloj de luz. El tiempo y la luz están entonces indefectiblemente ligados tanto a nivel físico, como a nivel de la experiencia sensorial. De esta manera podríamos inferir que la temporalidad y la constitución del hecho construido se manifiesta más en la presencia de la luz y su aspecto fenoménico, que en el espacio mismo, que entre otras cosas, resulta un constructo abstracto que no corresponde a la realidad del campo ni a la del acontecimiento en arquitectura.

Arquitecturar, si cabe el verbo, es un proceso que es a la vez idea y acto. Pero sobretodo es un proceso que crea a través de la membrana y el muro, una envolvente de la luz; un acto que divide e integra en un tiempo-luz. Si la superficie mural arrastra la luz para hacerla *visible*, debe liberarla para hacerla *intangible*. Esto se puede entender como un intercambio fenoménico entre materia y energía, entre física y metafísica, entre poesía y prosa (LLAMOSA, 2008). La membrana es sublimada en tanto que la luz hace cuerpo; el poder plástico del muro, su potencia tectónica, a la vez que su poética, se manifiesta en la luz. Habitamos la luz, al tiempo que permitimos que ella nos habite, esta es la temporalidad, que resume la fenomenología compleja, comprensiva de la arquitectura.

6. La ciudad y el tiempo de la experiencia compleja

Está pasando un minuto del mundo, no lo conservaremos sin volvernos él mismo (Paul Cezanne, 1839-1906).

Tengamos presente que en términos cosmológicos el espacio no existe, lo único que existe es la realidad del tiempo... El espacio constituye tan sólo la pantalla donde este fantasma universal, se proyecta, deja huella, tornándose perceptible, como la perturbación espontánea generada por una burbuja en el interior de un líquido. El cerebro humano constituye la singularidad o nudo, mediante el cual el universo se vale para ser fluido, para hacer acopio del pasado y para fabricar futuro. De ésta forma, la realidad universal se presenta congruente en la naturaleza del espíritu humano. *La duración pura* Bergsoniana y el tiempo fenomenológico, son una consecuencia de ello. Pensemos que el tiempo, a diferencia del espacio, que nos es dado de golpe, es la eternidad en movimiento. Para Platón (Edición de 1872), “la imagen móvil de la eternidad”. Nuestra relación con la materia permite en su contrastación la percepción del tiempo, hace posible el antes y el después, pero de paso con ello, hace posible la conciencia. El flujo del tiempo permite al individuo un reconocimiento de sí mismo, pero de forma simultánea, un reconocimiento de los signos de los lugares y las cosas. Tengamos presente que lo que nos hace vivir no es la realidad, sino los signos de lo real: *lo hiperreal*, para citar a Baudrillard⁸.

Le ponemos edades al tiempo, afirmaba el escritor Carlos Fuentes. Es lo que por ende nos hace particularmente humanos, y es lo que a nuestro parecer es el origen de toda la metafísica de la arquitectura. Es posible que a partir de la idea abstracta de espacio se haya hecho arquitectura, pero es a partir de la del tiempo, que ha podido realizarse su arte y su historia. Ya se había analizado como la singularidad de la condición humana, procede de la convergencia en ella de lo homogéneo y de lo heterogéneo proveniente de la naturaleza, en un precario equilibrio. Su existencia es la que permite la rara virtud de trocar el tiempo físico en el tiempo de la conciencia. O quizás lo que William Blake (1977) escribiera: “[...] Sostener el infinito en la palma de la mano y en una hora la eternidad [...]”. El espíritu humano es entonces el *lugar*, la localidad universal, donde el transcurso se vuelve memoria y donde la creación naturaleza.

Podemos percibir el presente de la cosa, en la textura, en la forma y en general en la apariencia visual de la cosa. Pero lo que el ojo ve, los procesos automáticos del cerebro lo proyectan a la realidad del tiempo. Ya lo había observado Bergson (1985), al asociar la percepción con la memoria. Cuando percibimos, de forma instantánea, *visualizamos* el corpus temporal del objeto. Percibimos el objeto, pero al mismo tiempo su asimilación histórica, su ser en el tiempo. El cuadro “*ceci n’est pas une pipe*”, de René Magritte, de forma contraria, ilustraría un juego tautológico, que plantea una reversión de su condición temporal, para asumirla en la verdad de la pura representación.

La relación entre los estados de ánimo, el paisaje y las atmósferas cambiantes, se entienden en las turbulencias que les son comunes. El psiquismo como el temporal, es fluido e impredecible. Caótico como el clima es el talante del alma. La naturaleza del tiempo, permea no sólo al pensamiento que se tiene sobre la ciudad, sino también a la experiencia que asiste al individuo desde la acción del habitar. Más que a través de los conceptos, nuestra relación con el tiempo, usualmente está mediada por la experiencia. Percibimos el tiempo, no según su propia lógica, sino según nuestras emociones y la lógica de lo visual. Es por ello que somos proclives a asumirlo desde el espacio, “Cuando invocamos el tiempo, es el espacio el que responde” dice Bergson (1985), y a medirlo, con la pretensión del entendimiento de su aspecto fenoménico. La conciencia provoca un presente o foco de atención, con una visión periférica borrosa, donde bordean de forma simultánea el pasado y el futuro. El presente, en la contemporaneidad se manifiesta de forma radicular, rizomática (DELEUZE & GUATTARI, 1994). Como la cebolla, que al no poseer centro ni periferia, sólo reconoce los tiempos como una proyección de su propio acontecimiento. En la realidad de su campo, no existe vórtice ni horizonte. Y como ocurre en la narración Dostoievskiana⁹, éste se agota en su temporalidad; en su flujo y en su reflujo, reconoce tan sólo, el cronómetro del alma de sus personajes.

En la escala temporal humana no percibimos el tiempo largo de los evos, el de los movimientos continentales, ni el del crecimiento de las plantas, pero tampoco el vertiginoso de las alas de un

⁸ Jean Baudrillard. “Cultura y simulacro”. Barcelona: Kairos, 1993. p. 11.

⁹ Véase: Fiodor Dostoievsky. “Los hermanos Karamazov”. Barcelona: Bruguera, 1976.

colibrí. Para ello debemos recurrir a los instrumentos, que actúan como extensiones de nuestros sentidos. Nuestros tiempos son los de la duración de una vida, los de los minutos, los de las horas del día, los de los cambios de luna, los de las estaciones, y los de las atmósferas cambiantes... Es por ello que así como hay una percepción del lugar, apropiada para entender el hábitat y lo habitable, como lo estableció la "Imagen de la Ciudad" de Kevin Lynch (1976), debe existir una propuesta para sus tiempos característicos. La pervivencia del vecindario, de la tienda de la esquina, en el contexto de la Metrópoli moderna, y de la Metápoli contemporánea, nos hace entender una escala temporal de máximos y mínimos perceptivos, como fundamental, a la hora de establecer relaciones significativas con la ciudad y con su arquitectura. A partir de los mínimos proximales establecidos para el espacio, vale decir, la senda, el borde, el mojón, el nodo, el telón de fondo, el distrito y el sector, se podría prefigurar el vecindario temporal: el rato, la mañana, la tarde, la noche, el hoy, el ayer, el anteayer, el mañana y el pasado mañana. Pero considerar también, el entorno próximo social ligado a ello: la familia, los amigos, los vecinos y los conocidos. Estos tres mínimos proximales, de espacio, *tiempo y sociedad*, se entrelazan, configurando la proximidad perceptual y afectiva, que caracteriza la experiencia compleja del habitar y de la naturaleza de lo urbano.

El terruño, por más humilde que fuere, genera en la gente las más caras afecciones y la más clara identidad. Al igual que los perceptos, los afectos también poseen su propia escala. *The homeland, Die heimat, la Pacha Mama*, constituyen la nacionalidad de un territorio vivido. El vecindario, la calle, o la cuadra en el caso de la ciudad latinoamericana, desempeñan en su contexto análogas relaciones a las del *Patris*. Apropriado por las generaciones y por la práctica de la vida, el lugar adquiere la dimensión particular que ha determinado el acto, pero también el afecto. Aunque el tamaño de la patria sea, el barrio chico, el arrabal, o la favela de ciudad, es muy claro como los afectos más el tiempo, crean los espacios del corazón. No hay sentimiento que no esté cualificado por el tiempo; la memoria, la historia y el aval de lo sagrado, están regidos por ello, y lo verifican de forma constante. De otro lado, en la afirmación de lo *glocal*, como ha observado Michel Serres (1994, p.243), en virtud del mundo hiper-comunicado de la contemporaneidad, vivimos un nuevo espacio de vecindad. Hoy sólo tenemos proximidades y vecinos. Las nuevas tecnologías, la tele-presencia y la instantaneidad, han configurado en lo planetario el nuevo vecindario.

A pesar del supuesto control que poseemos con lo que sucede, cada instante en su forma y en su unicidad, resulta completamente impredecible. Podemos en cierto modo, en la vecindad de nuestros actos, proyectar la regularidad de los hechos y condicionar los efectos requeridos, pero de ningún modo anticipar su apariencia. Podríamos caminar la misma calle todos los días en dirección al trabajo y asegurar que por ella llegaríamos a éste. Pero podríamos intuir también, que cada día habría una atmósfera y un recorrido diferente, y en consecuencia una calle diferente. La estructura del lugar prefigura, pero la acción y el ambiente cualifican. La arquitectura de la calle, es construida por la acción de la gente, ¿o, pudiéramos decir deconstruida? El *errabundeo* por ejemplo, en sus apropiaciones diversas, construye relaciones inéditas con los lugares, ya lo ha establecido Careri en su estudio "Walkscapes" (CARERI, 2009). Pero qué es esto sino el acto de *paisajear*. Los lugares naturales o creados, mutan a causa de las actuaciones humanas, el escenario puede ser el mismo, pero el paisaje cambia. Mediante las mutaciones, la identidad característica de los lugares, se liga a la fisonomía siempre cambiante de las atmósferas. El *paisajear* deriva entonces en un acto que involucra el tenor del sujeto a la par con el del objeto. Si existe un nomadismo en la constitución de los lugares, habrá en consecuencia, una sincronía espiritual. La arquitectura no puede ser neutral: no es, como pensaba Rossi (1988, p.14), "un escenario que prepara un acontecimiento". Es el acontecimiento mismo. Es la acción del habitante la que la determina, pero a su vez, como en las pinturas de la catedral de Rouan de Claude Monet, o en la idea del: "Juego magnífico de los volúmenes bajo la luz solar", del que hablara Le Corbusier, las atmósferas cambiantes constituyen el ser del objeto (ROSSI, 1988). La labor del arquitecto, se erige entonces como la del demiurgo, que en medio del acto creativo, propone en nombre del tiempo y la memoria...

"Esa ciudad que tú ves ya no existe", decía Borges (*apud* GRAU G., 1968). En realidad la ciudad que vemos es un fragmento temporal de ella, una silueta que hemos logrado apresar en medio del incesante cambio. El tiempo de observación no nos dice del tiempo en que fue hecha, ni del tiempo de su duración. Es un tiempo inevitablemente achatado por la actualidad y por el

segmento breve de nuestro periodo vital. Pero así como poseemos desde el alba prehistórica la misma corporeidad y el mismo cerebro, poseemos las mismas intuiciones básicas del tiempo. La noción natural del transcurso se vio sustancialmente alterada por su medición técnica y por la creación del tiempo objetivo, hoy asociado al funcionamiento de nuestras sociedades industrializadas. Los ritmos del psiquismo, sabemos, no son propiamente los ritmos del reloj. Estos constituyen una prótesis obligada en el contexto de la producción, pero un tanto extraña en el ámbito de la percepción. Una de las observaciones más reveladoras del neurólogo Rodolfo Llinás (2003), es la de que el cerebro vive en un estado de permanente ensoñación. La tormenta o temporal interior, determina de forma evidente, nuestro tiempo psíquico intrínseco:

La cotemporalidad es la conciencia. [...] Si se superponen los mapas de conectividades temporales con los mapas espaciales, que de por sí son limitados, se genera un conjunto mayor de posibles representaciones, en virtud de que las posibilidades de combinación se vuelven entonces prácticamente infinitas. En esto radica el concepto de unidad perceptual, que es en suma la conjunción espacial y temporal. [...] Puesto que pueden conformar diversos patrones interrelacionados temporalmente, las neuronas también pueden unificar la realidad combinando los aspectos individuales y fraccionados que cada neurona posee. Este fenómeno de interrelación temporal se denomina coherencia temporal (LLINÁS, 2003, p.140).

Es evidente que las mayores desavenencias de las personas con el ambiente, proceden del ruido y de la interferencia, provocadas entre el tiempo del alma y el tiempo objetivo del cronómetro. En detrimento del sosiego espiritual, hemos desdibujado, con el maquinismo del hábitat, las fundamentales relaciones con el lugar, pero también las del paisaje temporal.

Los ambientes para la vida deben ser concebidos acordes a la escala de los lugares, pero desde luego armonizados en su escala temporal. Deben apuntar a la percepción del tiempo, pero de forma especial, a los biorritmos que comprenden en fase, la relación del hombre con la naturaleza. En realidad, la empresa de todo arte y de toda ciencia debe conducir al establecimiento de relaciones cada vez más profundas entre el tiempo físico y el tiempo del hombre. Debe para ello hacerse más expedito el camino entre el *Atractor de Lorenz* caótico y el comportamiento del psiquismo, entre el tiempo de la relatividad y los cuantos y el *tempo* de la duración pura bergsoniana.

En atención a los dictámenes complejos, creemos que la posibilidad de establecer analogías, constituye la posibilidad de vincular en el pensamiento, lo que en la realidad corresponde a un sustrato común subyacente. De las grandes observaciones de Einstein (1933), fue el haber establecido que el espacio y el tiempo son dos aspectos que corresponden a una misma realidad. Así como la gravedad afecta visiblemente al espacio deformándolo, ésta afecta directamente al tiempo. La deformación provocada en él, hace que este fluya de forma no-homogénea. Una consecuencia de ello es que los relojes ubicados en los polos terrestres, debido al achatamiento del globo, muestren un retraso, aunque ligero, con respecto a los relojes ubicados en el ecuador. Siguiendo "*in extremis*" la analogía de los efectos de la Teoría de la Relatividad General de Einstein (1933), en virtud del tiempo dilatado, el espacio de lo urbano tiende a su *aniquilación*.

Los procesos de producción cada vez más acelerados, el crecimiento de la población, las urgencias de la movilidad y de la expansión urbana, hacen que lo urbano se piense y se experimente en su temporalidad. Son a nuestro juicio consecuencia de ello, las concepciones que presiden las operaciones urbanas, las acciones efímeras, las acupunturas practicadas en el cuerpo de la ciudad, pero también las afectaciones particulares de los comportamientos ciudadanos y su percepción del entorno. Las nociones tradicionales de realidad son con frecuencia distorsionadas, cuando el reino de las imágenes y el de las emociones, se impone sobre el de las relaciones espaciales. La ciudad contemporánea no es la ciudad del maquinismo o de la producción, es la ciudad de la emoción. El tiempo de la ciudad no procede de su medición objetiva, sino de las narrativas que ocurren en su interior y que logran manejar a su antojo contracciones y dilataciones temporales. En otras palabras, la ciudad del acontecimiento, la ciudad del espectáculo, la de la valla y la del cartel, se imponen sobre la del área y la edificación. El nuevo urbanismo hace que en virtud del gol, el estadio no se perciba, hace que, sin que la edificación desaparezca, una contracción del espacio extienda y apunte las acciones, al tiempo largo que esta posea; hace que la magia del cine no resida en la proyección, sino en la posibilidad de vivir un tiempo alternativo, diferente del tiempo que transcurre en el

exterior de la sala; hace que el tiempo del concierto en la plaza pública, difiera del tiempo que transcurre en la misma plaza como escenario desierto; hace que, como en el urbanismo táctico y alternativo del presente, una acción de corta duración se proyecte en un cambio duradero. El acontecimiento (LLAMOSA, 2011), en consecuencia, inhibe el espacio, pero a la vez “deforma” sustancialmente el flujo temporal. En virtud de ello, podríamos decir que el tiempo de la percepción, finalmente refleja la naturaleza del tiempo físico. Creemos de forma particular, que la ciudad contemporánea con lo anterior, ha asumido de forma consecuente este rol *temporalista*.

7. Conclusión

Hoy la ciudad y su arquitectura, ha pasado del anacrónico discurso del confort, al del fomento y procura de la vida, al de su defensa. Ha pasado del discurso de la función estéril, al del acontecimiento, ha pasado de la idea de espacio a la de campo, ha pasado del individualismo, a la promoción de una relación positiva y cohesionada entre los humanos, ha pasado de la exclusividad tectónica, a la poesía del tiempo y de la luz... Debemos crear en concordancia, hábitats para el equinoccio y el solsticio, para el talante de la hora. Debemos crear patios “donde se derrame la luna”, para citar de nuevo a Borges (1980), plazas de tiempo metafísico, como las que pintara Giorgio De Chirico, paisajes urbanos ligados a las atmósferas cambiantes, como los que genialmente realizara Edward Hopper. En la era de lo temporal, con los ritmos de lo natural, debemos construir relojes habitables. La arquitectura aparece, siempre es visible, cuando el acontecimiento atmosférico se confunde con el acontecimiento humano.

Hoy más que nunca se requiere una arquitectura urbana que rehabilite y fomente los flujos comunicacionales naturales y humanos. Requerimos espacios ciudadanos que publiciten, una renovada relación del naturalismo con el humanismo. La naturaleza es conservadoramente consonante, la ciudad es en principio un fenómeno altamente disonante. El hábitat novísimo, demanda musicalidad, una relación de armónicos, una renovada consonancia temporal entre naturaleza y artificio. Urbanismo inteligente, empoderamiento social y creatividad urbana, son en síntesis, aspectos estratégicos provenientes de la asunción de la complejidad del tiempo en el ámbito urbano

Es dable pensar con lo afirmado, que el habitante de la urbe contemporánea, piense y perciba la duración, no tanto desde las cronologías objetivizantes, sino desde las atmósferas cambiantes, desde la conjunción entre el significado y el sentido de lo edificado, desde las transformaciones sociales, desde la memoria y las prácticas artísticas concomitantes, desde los imaginarios sociales, y desde la dimensión existencial del individuo.

8. Referencias

AA.VV. **Heterocronías. Tiempo, arte y arqueologías del presente**. Murcia: CENDEAC. PAC, 2008.

ARGAN, Giulio Carlo. **Historia del arte como historia de la ciudad**. Barcelona: Laia, 1984.

BAUDRILLARD, Jean. **Cultura y simulacro**. Barcelona: Kairos, 1993.

BECKETT, Samuel. **Collected Poems in English and French**. New York: Grove Press, 1977.

BERGSON, Henri. **La evolución creadora**. Madrid: Espasa Calpe, 1985.

BLAKE, William. **The complete poems**. S./l.: Penguin Books, 1977. Edited by Alicia Ostriker.

BORGES, Jorge Luis. **El Tiempo**. Barcelona: Bruguera, 1980. 100p.

BORJA, Jordi. **La ciudad conquistada**. Madrid: Alianza Ensayo, 2003. 135p.

BUNGE, Mario. **La investigación científica**. Barcelona: Ariel Methodos, 1983.

- CARERI, Francesco. **Walkscapes. El andar como práctica estética**. Barcelona: GG, 2009.
- CARTA DI MEGARIDE 94. Università degli Studi Federico II, Dipartimento di Pianificazione e Scienza del Territorio [Roma] Consiglio Nazionale delle Ricerche, Istituto per la Pianificazione e Gestione del Territorio, 1994. 320 p.
- CEZANNE, Paul (1839-1906). **Paul Cezanne quotes**. Disponible en: < http://thinkexist.com/quotes/paul_cezanne/ >.
- CONTARDI, Bruno. **Prólogo**. In: ARGAN, G.C. *Historia del arte como historia de la ciudad*. Barcelona: Laia, 1984.
- DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Felix. **Rizoma**. Introducción. México [DF]: Coyocán, 1994.
- DOSTOIEVSKY, Fiodor. **Los hermanos Karamazov**. Barcelona: Bruguera, 1976.
- EINSTEIN, Albert. **Preface**. In: PLANCK, M. *Where is Science Going?* London: George Allen & Unwin Ltd., 1933. 224p.
- GIRALDO ISAZA, Fabio. **Ciudad y complejidad**. Bogotá: FICA, 2003.
- GRAU GARCÍA, Cristina. **Borges y La Arquitectura**. Madrid: Cátedra, 1997 [1968].
- HAWKING, Stephen. **Breve historia del tiempo**. Barcelona: Planeta-Agostini, 1992.
- HEIDEGGER, Martin. **Construir, morar, pensar**. New York: Harper & Row, 1971.
- HEISENBERG, Werner. **La imagen de la naturaleza en la física actual**. Traducción de: *Das Naturbild der heutigen Physik, 1927* [por] Gabriel Ferraté. Colección 'Obras maestras del pensamiento contemporáneo', 43. Planeta-Agostini, 1992 [1927].
- HERNÁNDEZ-NAVARRO, Miguel Ángel. **Presentación. Antagonismos temporales**. En: AA.VV. *Heterocronías, Tiempo, arte y arqueologías del presente*. Palma de Mallorca: CENDEAC, 2008.
- LECLERC, George Louis — Conde de Buffon. **Histoire Naturelle, générale et particulière, avec la description du Cabinet du Roi**. Paris: Editor, 1749-1804 [1783]. Colección enciclopédica en 4 volúmenes.
- LEÓN, Francisco. "Metápolis, la ciudad deconstruida". **Revista Astrágalo**. N° 9 Madrid. Julio de 1999.
- LORENZ, Edward. Deterministic nonperiodic flow. **Journal of Atmospheric Sciences**. Vol. 20: 130-141, 1963.
- LYNCH, Kevin. **La imagen de la ciudad**. Buenos Aires: Infinito, 1976.
- LUPASCO, Stephane. **Las tres materias**. Buenos Aires: Sudamericana, 1963.
- LLINÁS R., Rodolfo. **El cerebro y el mito del yo**. Bogotá: Norma, 2003.
- LLAMOSA, David. "Acerca del acontecimiento. Una mirada contemporánea a la ciudad". **Revista Nodo**. UAN. Bogotá, Volumen 6, año 6. 2011.
- LLAMOSA, David. "Graffías trazas y rúbricas en la inimagen de la ciudad contemporánea". **Revista Nodo**. UAN. Bogotá, Volumen 7, año 7. 2013.
- LLAMOSA David. "Arquitecturas del tiempo, poéticas de la luz". **Revista Hito**. N° 22. ACFA. Abril de 2008.
- MORIN, Edgar. "Epistemología de la complejidad". **Gazeta de antropología**. 2004.

MUMFORD, Lewis. **La ciudad en la Historia**. Buenos Aires: Infinito, 1979.

NORBERG SCHÜLZ, Cristian. **Arquitectura Occidental**. Barcelona: GG, 2000.

PLANCK, Max. **Where is Science Going?** With Preface by Albert Einstein. Translated and edited by James Murphy. London: George Allen & Unwin Ltd., 1933. 224p.

PLATÓN. "El timeo". 37c, 39d. **Timeo. Obras completas**. Tomo 6. Edición de Patricio Azcárate, 1872.

PRIGOGINE, Illya. **El nacimiento del tiempo**. Barcelona: Tusquets, 1998a.

PRIGOGINE, Illya. **Conversación con Ottavia Bassetti**. Barcelona: Tusquets, 1998b.

PRIGOGINE Illya; STENGERS, Isabelle. **La nueva alianza**. Madrid: Alianza, 1983.

ROSSI, Aldo. **La arquitectura de la ciudad**. Barcelona: GG, 1982.

ROSSI, Aldo. **Autobiografía científica**. Barcelona: GG, 1988.

SERRES, Michel. **Atlas**. Madrid: Cátedra, 1994.

VIRILIO, Paul. **Estética de la desaparición**. Barcelona: Anagrama, 1998.